



Fuego mojado

Sergio Hernán Quintero

CAT Ibagué – Semestre X
Lic. Lengua Castellana

Llueve. Los transeúntes desesperados buscan guarecerse del agua, pero él no se mueve. Cuelga el teléfono y busca algo en su chaqueta. Saca un Marlboro. Desea moverse, perderse entre la gente, borrar de su mente a la mujer que hace unos segundos le confesó su engaño. Ahora busca dentro de su pantalón la mechera. La gente corre a su alrededor. Tal vez ellos no se dan cuenta de aquel hombre que parece no temerle al aguacero. La tormenta arremete con más fuerza. Los chorros de agua se desprenden de los techos cercanos. La gente corre, salta, se esconde. Él no desea nada de eso. No pretende más que encontrar su mechera para encender el Marlboro.

Poco a poco el agua empozada va alcanzando la suela de sus zapatos. Él no se mueve. El Marlboro se moja en su boca. La recuerda a ella, su voz, sus palabras, su cuerpo. El amor que alguna vez hicieron, los momentos juntos en el sofá, en la cama luego de ver un drama francés. Ahora solo le quedan los recuerdos de un lejano amor. El encendedor no aparece. El Marlboro se dobla. El charco absorbe completamente sus zapatos, el llanto se

descuelga por su rostro, el agua escurre a través de su chaqueta. De nuevo las palabras engañosas arremeten en su cabeza, revelando la verdad que estaba oculta, aplastando al hombre que bajo el agua desea encontrar su encendedor.

El agua es todo lo que rodea al hombre que busca su mechera. No alcanza a ver la gente que pasa. Solo ve el agua. Agua que pretende arrasar. *Mojadez* que llena los recovecos de un alma en pena que lleva un Marlboro en la boca.

El agua que hasta hace unos segundos era charco, ahora es un torrente que sube a través de su pantalón. El agua que se desprende de los techos golpea con fuerza el cemento. El hombre permanece debajo del agua con la punta del Marlboro en su boca, con las palabras que jamás serán hechos, con los recuerdos que ahora forman su presente, con el futuro que no será.

El charco-monstruo sube a través del pantalón, socavando la tela, mojando músculos. Llega a la rótula, la curva, avanza hasta llegar al centro del hombre. El charco-monstruo se frena. Por un momento un momento se compadece del humano. Un hombre etéreo no busca el fuego bajo el agua, eso lo sabe el charco-monstruo. Lo saben las personas que se guarecen bajo los techos. Pero el hombre con un Marlboro a punto de romperse, no lo sabe.

El charco-monstruo debe ascender en cuatro pasos. Uno: remonta la correa del pantalón. (El hombre suspende la búsqueda de su encendedor). Dos: rellena el abdomen, le da vuelta para dejar su rastro en la espalda baja. (El hombre se rasca la panza, no alcanza a hacerlo en su espalda) Tres: sube el pecho, los hombros, la espalda alta. (El hombre desespera. Se rasca el mentón, el cuello. Pero aún no se mueve) Sólo falta el cuarto paso. Al charco-monstruo lo embarga de nuevo la duda. A pesar de su monstruosa alma, posee afecto. Pero sabe que debe hacerlo. Cuatro: sumerge la cabeza del hombre. (El hombre llora. El Marlboro se parte. Las gotas que escurren de su frente se mezclan con el llanto. Todo acabó. El hombre ahora es agua debajo del agua que desaparece lentamente por el desagüe.)